Nº 01
EL METROPOLITANO
17.MAR.2002

El Ejército de Cheyre

PATRICIA ARANCIBIA CLAVEL. DIRECTORA CIDOC, UNIVERSIDAD FINIS TERRAE

A una semana, el cambio de mando en el Ejército todavía resuena en la opinión pública. Después de todo, hasta hace cuatro años, cuando asumió el general Ricardo Izurieta, esta ceremonia tenía un carácter interno, casi privado.

Ajena tanto a una visión militarista como a la ingenuidad pacifista, y desde una perspectiva más bien histórica, creo que aquí confluyen tres circunstancias que explican el interés de esta noticia.

En primer lugar, una gran mayoría –más allá de las naturales diferencias partidistas– redescubrió que las Fuerzas Armadas constituyen un elemento esencial del Estado para la defensa de nuestra soberanía, pues sobre ellas descansa la preservación de las fronteras y la responsabilidad de garantizar la unidad y conservación de la nación chilena. Su capacidad y voluntad resultan, por tanto, decisivas en la paz y en la guerra. Se trata de una realidad inobjetable si se recuerda la trayectoria histórica de Chile, donde el estamento militar ha sido un actor comprometido con la evolución y destino del país. Tampoco puede olvidarse que por sus recursos humanos y materiales, por su organización y por su despliegue, es, en cierto modo, nuestra mayor "empresa". A nadie, entonces, puede dejar indiferente lo que pase en el Ejército.

En segundo término, destacan el perfil individual y profesional del general Juan Emilio Cheyre. Pocas veces un Comandante en Jefe reunió los atributos que legitiman a una autoridad; es decir, el ascendiente que le hace ser obedecido con absoluta naturalidad. Civiles y militares lo respetan, reconociéndole carácter, don de mando y una gran capacidad intelectual. Quizá su mayor virtud sea reunir las cualidades propias del mundo militar y civil, lo que le permite relacionar dichas esferas y aceptar, gracias a su cosmovisión, la diversidad sin prejuicios. En definitiva, el general Cheyre lidera una generación de oficiales que impulsados por su afán de superación –estimulados y apoyados en su día por Pinochet– ha convivido en igualdad de condiciones con quienes, por su formación profesional, cumplen funciones de especial responsabilidad en el desarrollo político, social y económico del país. Así se ha roto el encapsulamiento del estamento militar originado en 1931, luego de la caída de Ibáñez, que se tradujo en el abandono de las instituciones de la Defensa Nacional por parte de la clase política, con graves consecuencias para Chile, especialmente durante la década revolucionaria (1964-1973) y también, aunque con distinta intensidad, mientras Pinochet fue Comandante en Jefe después de 1990.

Por último, la nominación del general Cheyre ocurre en un momento en que la comunidad nacional desea, como bien lo señaló el general Izurieta en su discurso de despedida, "dar vuelta la página". En esta coyuntura histórica, el Ejército está en perfecta sintonía con los anhelos de paz y reconciliación que tenemos la inmensa mayoría de los chilenos.